

F1233

P39

V.3

1884-85



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156723

## CAPITULO I.

### EXPOSICION GENERAL.

El partido de la oposicion contra Juarez se habia hecho ya formidable, y esto consistia principalmente en que dicho funcionario se habia armado con el poder sin permitir dar entrada á otras aspiraciones. Fuera de los que podian ambicionar la Presidencia, habia un sin número de políticos excomulgados, para los cuales no habia ni el lugar mas insignificante en la mesa del presupuesto. Juarez se habia rodeado del pequeño grupo de sus amigos probados en todo género de combates y para ese solo grupo eran todos sus favores y distinciones. Por eso se les daba por la voz popular el dictado de los *hijos del cura*, los *inmaculados* porque se habian escapado en la intervencion hasta el Paso del Norte, y con mas propiedad, los *juaristas*.

Estos *juaristas* eran los que estaban ya disponien-



do de la nacion á su antojo, ofuscando los gloriosos títulos que tenia Juarez á la inmortalidad, tales como su firmeza para platear las leyes de Reforma y el chasco que dió á Maximiliano cuando ya le creia desaparecido, presentándosele en el último rincon del país, con un gobierno escuálido, pero firme como una roca.

La historia sin embargo, haciendo abstraccion de detalles y pequeñeces, dirá que Juarez fué grande porque dotó al país de las instituciones democráticas mas avanzadas que se conocen en el mundo, porque dió muerte á la monarquía matando con ella todo sentimiento monárquico en esta Nacion y porque fué un Presidente honrado, debiendo de contarse como uno de los muy pocos que ha tenido México que no se han aprovechado del puesto para enriquecerse entrando á saco en las rentas públicas. Esos tres rasgos han de ser siempre los mas salientes de Juarez, calificándose como pequeños lunares su debilidad para dejar que otros medraran á su sombra, su ambicion de mando del cual nunca quise separarse, desprendiéndose solo con la muerte de la silla presidencial á la cual se habia adherido como si ambos formaran una masa compacta, y su falta absoluta de sentimientos humanitarios que no le permitia considerar á sus semejantes como hermanos si no eran *juaristas*.

El país, acostumbrado á los frecuentes cambios que venian sucediéndose desde la independencía, los cuales permitian ensayar las dotes de los partidos distintos y las diferentes personas que venian figurando, se

cansaba de ver siempre de Presidente al Sr. Juarez, el cual comenzó á prostituir el derecho electoral, haciéndose elegir dos veces por la violencia y por la intriga. Bien es verdad que en esas dos veces entraron á luchar los partidarios de Riva Palacio, de Porfirio Diaz y de otros candidatos; pero sin poder obtener ventaja alguna, porque en todas partes encontraban el terreno ocupado por el elemento oficial que en cada lucha se hacia mas dominador y por consiguiente mas odioso. Si á esto se agregan los atentados cometidos contra los gobiernos de los Estados, á los cuales se declaraba en sitio con la mayor facilidad para cambiar las personas, las facultades extraordinarias de que con frecuencia se hacia uso, y las hecatombes llevadas á efecto con crueldad en varios puntos de la República, vendrá á comprenderse que existian suficientes motivos para que tomara creces el descontento.

En todas las ciudades se formó pues un partido de oposicion contra el gobierno de Juarez, acentuándose mas en la capital en donde contaba con prominentes personas en la política y en las armas.

El núcleo de esa oposicion estaba formado de Porfirio Diaz, Justo Benitez, Ignacio Ramirez, Mendiolea, muchos militares, y un buen grupo de diputados que no dejaban de levantar la voz en el congreso en favor de sus intereses.

Naturalmente al dia siguiente de llegado á México me consideré afiliado en esa valiente oposicion y desde luego le consagré mis servicios con aquel ardor de la juventud y con aquel desinteres á que estaba acos-



tumbrado, porque todos mis actos los encaminaba al fin patriótico arraigado en lo mas profundo de mi conciencia, que era el afianzamiento y la práctica de nuestras liberales instituciones. Se me figuraba que de todo se hacia una farsa y yo queria que las libertades públicas fuesen verdaderas. Me parecia que nada se adelantaba con que estuvieran escritos en nuestra Constitucion tan rotundos preceptos y tan elevados principios, si todo aquello no pasaba de ser un cuaderno impreso. Tenia la insensatez de creer que la Constitucion se habia dado para que se obedeciera, y que el Presidente y sus ministros, los gobernadores y todos los funcionarios públicos, eran los primeros que estaban mas obligados á hacerla cumplir y á cumplirla.

Asi es que cuando me constaba por esperiencia propia que el titulo de los derechos y de las garantías del hombre estaba allí sobrando, porque cada miembro del poder hacia con sus enemigos lo que se le antojaba, cuando observaba que el derecho electoral estaba á cargo de las autoridades que daban sus votos por consigna, cuando habia visto que la soberanía de los Estados era de puro nombre, pues que en cualquier momento eran entregados al sable militar sin ningunas consideraciones, tuve razon para creer que todavia se necesitaba hacer algo para que las prescripciones constitucionales tan sabiamente consignadas en nuestro código político, vinieran á ser un hecho práctico entre nosotros.

No podía vacilar, y segui, como siempre habia seguido, la línea recta. No me faltaron invitaciones de

parte de los amigos del gobierno que me ofrecian algun empleo para medrar y hasta un asiento en el congreso para las primeras elecciones; pero yo no podia admitir nada de eso, aunque no supiera aún lo que eran compromisos políticos, porque me consideraba invenciblemente atraido al partido porfirista que yo habia contribuido tanto á criar en el pais, aunque de un modo inconsciente. Yo mismo, sin saber ni cómo, unas veces con mis escritos redactados con todo el calor de la juventud y otras veces con mis aventuras y peregrinaciones, le habia formado un pedestal de popularidad que se apoyaba ya en buenos cimientos tanto en Occidente como en los Estados de la frontera. Yo habia sido indudablemente quien, sin calcularlo, sin pensarlo, ni preveerlo, ni intentarlo siquiera, habia sido el apóstol de una idea que se habia estendido como un rayo de luz arrancado al astro del fuego. Y no solo se habia hecho ya una masa compacta de hombres dispuestos á ponerse en frente de otra masa que habia aplastado al clero, á un emperador y á las potencias aliadas en Londres, cuya masa llevaba el nombre de Juarez; sino que ya se iba perdiendo el miedo á los cadalsos que se levantaban por todas partes y se pensaba que aquel rayo arrebatado al sol iria á encender tambien el reguero de pólvora que estaba estendido por toda la República.

En terminos claros: los elementos que se habian quedado sin estallar despues del pronunciamiento de San Luis y Zacatecas; cuya historia acabo de referir, los gefes que no habian tomado parte en el combate



creyendo ir á hacer un papel secundario en la revolucion y que ahora se encontraban deseosos de medir sus armas con las del tirano, y por último, los nuevos descontentos que iba dejando tras si una política egoísta y avasalladora, estaban formando una amalgama para luchar en todos terrenos contra aquel Presidente que se eternizaba en el poder y quien no porque perteneciera á la raza indígena y hubiera sido reformista y liberal, hoy pudiera reconocerse con otro nombre que con el de dictador.

Juarez manejaba á la Corte Suprema y en sus manos tenía todos los resortes de la justicia; Juarez desde su sillón presidencial sostenía entidades antiguas y caciques locales como Pesqueira, Terrazas, Alvarez y Lozada, con tal que á su vez le rindieran pleito homenaje; Juarez ponía gobernadores en los Estados, segun era el grado de acatamiento y las protestas de adhesion de las personas, estableciendo á sus amigos allí donde le parecia, aunque contrariara la voluntad manifiesta de sus conciudadanos; Juarez tenía el ánfora electoral en su gabinete y allí con su secretario particular elaboraba las elecciones particulares y generales y emitía los votos en favor de las personas de su familia en primer lugar y despues en las de aquellos que más se habian distinguido como sus celosos partidarios; Juarez tenía un directorio suyo en el poder legislativo, al cual comunicaba diariamente sus órdenes por medio de mensajeros que no tenían otro oficio y desde el sillón presidencial manejaba las intrigas del parlamento, arrancando á este las leyes más

atroces y más indignas, sin que le contuvieran en este camino de desolacion ni los gritos de las víctimas, ni las amenazas de la nacion que en cada vez se erguía más y más y aparecía despues de cada nuevo atentado más airada; Juarez llenó las cárceles de enemigos políticos y regó los campos de cadáveres en nombre del principio de autoridad; Juarez pervirtió las conciencias y amengió mucho la moral, porque encubrió el peculado, consintió en que á su vista fueran cercenadas las rentas públicas, abrió una subasta pública para los diputados que fueran á votar tales y cuales negocios y fué el primero que empezó á comprar el silencio de los periodistas independientes; Juarez hizo que se entibiara el patriotismo de los mexicanos y que se viera la carrera militar como un oprobio, cuando lejos de premiar los servicios y acordar recompensas para los que pelearan en favor de la patria, los sumió en la miseria, dejándolos sin auxilio ninguno á centenares de leguas de su suelo natal; Juarez, en suma descuidó el progreso moral y material del país, que pudo haber impulsado á la sombra de la paz, concentrando toda su inteligencia, todo su poder, en defenderse de los que en cada eleccion trabajaban por el triunfo de otra candidatura. Esto es, Juarez, que habia sido uno de los reformadores más tenaces, uno de los gobernantes más probos, uno de los más firmes sostenedores de la idea liberal y quien tuvo la suerte de mantener empuñada con firmeza la bandera de la autonomia de la República, despues de adquirir tantos títulos á la admiracion de la posteridad; Juarez,



olvidado de su misma gloria, no pensó en que aquello era ya bastante para que su nombre fuera escrito en el libro de la patria con letras de oro, sino que ciego ya de ambicion y creyendo que no podia descender despues de haber subido tanto, sin que pudiera haber un hombre en el país de bastante talla para sustituirlo, no se ocupó ya mas que de sostenerse y de librase de las asechanzas de los enemigos que se habia hecho en su largo reinado.

Indudablemente que Juarez es grande en la historia de México, pero lo seria mas si no hubiera dado oidos á las pequeñas miserias con que estaba obstruida por todas partes su enérgica naturaleza. Tenia grandes alientos aquel hombre, eso no puede negarse, pero las pasioncillas de segundo orden no le dejaban elevarse hasta donde pudo haberse elevado. Debíó estar á la altura de Bolívar y de Jorge Washington y se quedó mas abajo de Hidalgo y quién sabe si la historia dirá mas tarde que sobre él puede colocarse tambien el busto de Arista.

La categoria de los hombres la dá la severa historia de cada nacion, cuando con escrupulosa rectitud, recoge sus grandes y sus pequeños hechos y los pesa en la balanza de los siglos. Allí no hay medio de equivocarse jamás: el Neron que era una especie de semidios adorado casi en los altares de su pueblo, cubiertó con la púrpura y los homenages y el oro y la fragancia, y lleno de aplausos y elogiado en los cánticos de las vírgenes, aparece despues como el mas inmundo, el mas aborrecible, el mas cruel, el mas ca-

nalla de los tiranos, y Luis XVI que perece en un patíbulo como reo de grandes delitos, ante un pueblo que ha sido oprimido por la monarquía, no viene á ser despues sino nu hombre honrado para quien no habia otro bien que el hogar y las dulzuras de la familia. No es en el presente cuando se juzga á los hombres públicos que han estado á la cabeza de una nacion, es en el porvenir cuando la historia con sus ojos de Argos, examina las buenas y las malas acciones y con el mas fino escalpelo separa las buenas de las malas obras.

Quién sabe lo que dirá mas tarde la historia de D. Benito Juarez, cuando la atmósfera se despeje del demasiado incienso que se ha quemado al pié de su pedestal, pues que para pronunciar su última palabra y dar un fallo justo hay que comparar los males con los bienes que hizo á la nacion y los males con los bienes que hizo á la libertad de su patria.